

Memento Mori

Fernando Mosteiro Vázquez



Capítulo 1

I - El último espectáculo

Hacienda de Damófilo, a las afueras de **Morgantina. Sicilia, 135 A.C**

- ¡Qué traigan más cerdo especiado y vino, por Hércules, más vino!- Vociferó Damófilo, en mitad del festín, a las esclavas de cocina, entre las que se encontraba Adama, la cual sentía un terror atroz por su amo.- Y rápido, como si fuerais hijas del mismísimo Mercurio.- Provocando así una gran risa multitudinaria de los aristócratas y terratenientes allí reunidos.

Viendo el espectáculo desde una oscura esquina se encontraba Eunoo, esperando a cualquier gesto de su amo Damófilo para entrar en escena. Recordaba tiempos pasados, en su lejana y querida Apamea en Siria, donde con su madre y cinco hermanos había crecido felizmente, aunque sufrieran penurias de vez en cuando. Pero nada comparable a lo que estaba pasando durante los últimos seis años, dos meses y veintidós días, desde que fuera secuestrado por piratas ilirios y vendido al mejor postor al otro lado del Mediterráneo. Tan lejos de casa...

Pero, dentro de lo que cabe, no podía quejarse demasiado. Damófilo le tenía en alta estima por sus dotes mágicas y teatrales. En su infancia aprendió varios trucos de distintos mercaderes que se hospedaban en su pequeño lugar de origen. Entre ellos, el truco estrella era escupir fuego por la boca. Muchas veces Eunoo pensaba para sí que, sino hubiera aprendido en su momento esa habilidad, su presente sería, si cabe, mucho más arduo y difícil.

Durante los últimos seis meses se le aparecía en sueños la diosa Atargatis, de la cual siempre fue fiel devoto al igual que su madre, mostrándole lo que el pensaba que eran designios de un futuro cercano, llegando a ser muy recurrentes:

La imagen de una gran ciudad amurallada ardiendo y bajo asedio, su rostro en una moneda y un gran ejército sin estandarte.

Estos sueños le habían envalentonado y, creyéndose un adalid de la propia Atargatis, empezó a divulgar y teorizar sobre una cercana emancipación de todos sus compañeros y compañeras en aquella hacienda y en las circundantes. Su *modus operandi* se basaba en infiltrarse, durante la noche, en las cuadras donde descansaban los esclavos juntos los animales y, mediante su retórica carismática, convencer a sus semejantes de que tenían el beneplácito de las divinidades para llevar a

cabo su pequeña revolución.

El discurso estaba calando, poco a poco, pero funcionaba. Eso era lo importante. Incluso añadió a su espectáculo una parte en la que se hacía pasar por **augur** y desentrañaba supuestas señales que los dioses romanos podían enviarle. Parte con la que Damófilo solía disfrutar como un niño pequeño.

- ¿Donde está ese maldito sirio? Que lo arrastren hasta aquí, ¡ahora! - gritó Damófilo interrumpiendo los pensamientos de Eunoo de súpeto.- Que empiece el espectáculo.- Sentenció después de un largo trago a su copa de vino.

Eunoo se dispuso en mitad de aquel amplio atrio, como las últimas noches, para realizar su número. Pero el de hoy sería distinto a los anteriores, lo tenía todo planeado. Empezó con varios movimientos típicos de danzas sirias, tan exóticas y extrañas en Roma, seguido de varias piruetas y movimientos casi imposibles que solo era capaz de hacer debido a su gran forma física. Damófilo lo miraba, como de costumbre, con deseo. Eso le gustaba, captaba su atención.

Siguió con el escupe fuego, asombrando a todos los allí reunidos y, por último, con su pequeña pieza teatral de **augur**. Después de realizar varias deducciones graciosas e inverosímiles, llegó su momento. Donde todo se decidiría. Parece que la diosa Atargatis estaba con él ya que, justo en ese intre, sobrevoló el atrio de la casa una bandada de golondrinas dirección este, reafirmando así su predicción.

- ¡Oh Júpiter! Tú que otorgas el don de la clarividencia, auguro que, como el día cae y la noche llega, el esclavo Eunoo dejará de ser siervo y se convertirá, por tus designios, en rey.- Sentenció Eunoo.

Las caras de perplejidad y asombro de los aristócratas allí reunidos le provocaron una gran satisfacción. Al poco tiempo Damófilo estalló en una carcajada que se pudo escuchar en toda la *Domus*, contagiando así a los demás presentes.

- Pero qué soberbio se ha vuelto este hijo de mil perras.- Dijo Damófilo con sorna.- Aunque sigas haciéndome reír, hay predicciones que no puedo permitir, sirio. - Esta última palabra la pronunció con especial desdén. - ¡Guardias! Lleváoslo y azotarlo cincuenta veces, eso le hará recapacitar sobre su último numerito.

Y mientras los guardias le agarraban y se lo llevaban a rastras para suministrarle el castigo encomendado, Eunoo viró su mirada hacia la cocina viendo así a Adama correr hacia fuera, dirección las cuadras. Todo empezaba esa noche, no había vuelta atrás. Acabaría muerto o, por el contrario, sería él, Eunoo de Apamea, quién riera con su última y

definitiva actuación.

Augur: en la antigua Roma, sacerdote que practicaba oficialmente la adivinación mediante el análisis e interpretación del canto, el vuelo y el comportamiento alimentario de las aves.

Capítulo 2

II - Dignitas, pietas y fides

Domus de la **Gens Sempronia**, Roma, Febrero del **135 A.C**

La luz de la luna invadía, como si de un torrente de agua se tratara, el atrio de la imponente *domus* de la familia Graco. El *pater familias* se disponía a ofrecer habas y vino a sus antepasados, los manes de la casa, para que estos protegieran a la familia de cualquier mal que les pudiera suceder. Tiberio Sempronio Graco llevaba muchos años, quince para ser exactos, llevando a cabo estos ritos; siempre con su padre en mente. De mismo nombre, su padre fue un hombre importante en Roma. Cónsul, censor y tribuno de la plebe fueron los puestos que desarrolló durante su vida al servicio de la patria, siendo muy respetado tanto en el Senado como entre la plebe. Pero eran tiempos muy distintos. Cercanos pero a la vez tan lejanos...

Los recuerdos de Tiberio sobre su padre no eran muchos. Murió cuando él tenía trece años y su hermano, Cayo, cuatro. No ayudó tampoco que durante gran parte de estos años su padre estuviera destinado en Hispania, territorio hostil y peligroso, pero donde cualquier hombre con ambición en Roma tenía que demostrar su valía y sacrificio en pos de la grandeza de la ciudad del Tíber. Prácticamente lo que conocían sobre su padre lo sabían por Cornelia, su madre.

- Incienso - Inquirió Cornelia a su hijo Tiberio - Es hora de ahuyentar a los *lemúres* de nuestra casa.

- Si, madre. - Respondió Tiberio, dando término así al culto de los dioses lares, atrayendo las almas de sus gloriosos antepasados y ahuyentando las malignas mediante una danza hipnótica, en la que se unía el cuerpo del *pater familias* con el humo y aroma del incienso allí propagado. - **dignitas, pietas y fides** para la *Gens Sempronia* y sus allegados.

Blosio de Cumas observaba expectante el final de la ofrenda. No tardó mucho tiempo en hablar con su señor para recordarle la importancia de lo que tenía que contarle.

-Espérame en la antigua biblioteca de mi padre, querido Blosio. No tardaré en llegar.- Le había verbalizado Tiberio.

Se sentía muy orgulloso del hombre en el que se había convertido. Desde que Cornelia le pidiera que educara a su primogénito en artes, música, filosofía y retórica, Blosio se dio cuenta del enorme potencial del pequeño Tiberio. De mente ágil y dialéctica fluida, su papel como tutor del patricio resultó ser mucho más fácil y gratificante de lo que esperaba en un principio. Además, todos estos años viviendo en la *Domus* Sempronia, le habían ayudado para cultivar su mente con numerosos textos griegos clásicos que guardaban, como un tesoro, en la antigua biblioteca familiar. Cornelia le tenía dicho que, cualquier patricio romano que se preciara, debía tener almacenado toda Grecia en cerca del atrio de su casa. Razón no le falta pensó para sí.

Mientras Blosio echaba una ojeada al manuscrito de *Lisístrata* de **Aristófanes** llegó Tiberio, acompañado de su hermano Cayo, a la pequeña reunión de medianoche.

-Gran obra, ¿no te parece Blosio?- Preguntó Tiberio.

-Sin duda. Sigo pensando que es extraño que un texto antibelicista como este se encuentre en una *domus* romana, ¡y más que sea bien apreciado!

-Ya sabes que en esta casa tenemos a nuestra Lisístrata particular.-
Añadió Cayo con una sonrisa dirigida hacia Blosio.

-Dejemos de ensalzar la figura de nuestra querida madre y vayamos al grano - Interrumpió Tiberio - ¿de que querías informarme, Blosio?

- Sicilia señor. Empezó a suceder lo que usted lleva advirtiéndolo durante los últimos años en el Senado y que tantas veces ha caído en saco roto. Llegó a mis oídos el levantamiento de, por ahora, varios centenares de esclavos en la isla.

-No creo que quisieras reunirte conmigo para comentarme lo que casi toda Roma conoce a día de hoy, Blosio - Contestó Tiberio de forma tajante - La legión acantonada en Sicilia los reprimirá rápidamente, dejando todo esto en una mera anécdota.

-Con su permiso, dudo que así sea - la voz de Blosio sonó especialmente segura - según un buen amigo mío, del que me fío hasta las últimas consecuencias, la situación en Sicilia es mucho peor de lo que nos imaginamos.

-Por muy feo que te parezca que pinte, Blosio, un grupo de esclavos, ya sea más numeroso o menos, nada puede hacer contra una legión romana. No veo el por qué de tu preocupación.

-Como usted sabe bien, no soy quién ni tengo el conocimiento militar necesario para poder opinar con firmeza sobre asuntos de guerra. Pero no

es a donde quiero llegar, señor.

La mirada de los hermanos hacia su antiguo tutor y actual consejero se encontraba cargada de dudas y curiosidad.

-Habla pues, ¿a dónde quieres llegar?- Preguntó Cayo.

-Creo que es el momento para poner en marcha las reformas que Roma necesita. Dese cuenta, lleva exponiendo desde su vuelta de Hispania la necesidad del reparto del *ager publicus* de una manera justa y proporcional. La adquisición de las nuevas tierras por la clase senatorial nos está llevando a una desaparición del modo de ser y vivir romano. Lo notó usted mismo ante los muros de Numancia. - Le hizo recordar a Tiberio, sobre su última campaña militar.

-Si, lo recuerdo como si fuera ayer - respondió el pater familias de los Graco - la moral de la tropa romana era baja y la fidelidad de nuestros auxiliares hispanos endeble. ¿Qué se le puede pedir a un soldado romano si en el mejor de los escenarios, que es el que salga vivo de la contienda, vuelve a su tierra y se encuentra sin animales a los que alimentar y campos que arar? La vida civil se convierte en un escenario de subsistencia, muy cercano al contexto de ir perdiendo una guerra. - Sentenció Tiberio.

-Y se está perdiendo, señor - Añadió Bloisio - Roma se encuentra en un momento de expansión militar espléndida pero, ¿es que nadie ve en esta urbe que todo se está yendo de las manos? Se debe actuar. Roma para los romanos.

-Roma para los romanos.- Respondió al unísono el joven Cayo.

-Es hora de poner primero la palabra y enterrar la gladio, señor. - Se reafirmó Bloisio en su opinión.

-No te engañes, querido Bloisio. Tus palabras vienen cargados con sabiduría y reflexión y siempre las tendré en cuenta - Dijo Tiberio magnánimamente - Pero en Roma siempre será más convincente una gladio que mil discursos en el foro.

El silencio que reinó en la estancia de la *Domus* Sempronia se unió con el crepitar de la leña en la hoguera.

-Hermano, que me traigan pluma, tinta y vino.- Expresó Tiberio - va a ser la primera de muchas noches en vela. Roma lo necesita.

Y con la marcha apresurada de Cayo para dar aviso de los deseos de su hermano, quedaron en silencio el filósofo y el patricio, ordenando en sus cabezas las palabras necesarias para que Roma pudiera cambiar. Y

contabilizando gladios, muchas gladios.

Manes: almas de los antepasados muertos de la familia a los que se rendía culto y respeto en la antigua Roma.

Lemúres o **Larvae:** en la mitología romana eran los espectros o espíritus de la muerte; eran la versión maligna de los lares.

Gens: conjunto de familias en la antigua Roma que descendían de un antepasado común y llevaban el mismo nombre.

Ager Publicus: es el término latino para referirse a la tierra pública en la Antigua Roma. Normalmente, era adquirida por medio de la confiscación a los enemigos de Roma.

Capítulo 3

III - Si vis pacem, para bellum

Campo de **Marte**, afueras de **Roma**. Marzo, **135 A.C**

- Esta última hornada de reclutas deja mucho que desear, Publio - dijo Cayo Lelio escupiendo acto seguido al suelo - no me puedo creer que sean los mejores hombres que las ciudades de Etruria nos han podido mandar.

- Mi querido Lelio - Contestó Publio de forma condescendiente - haces bien en no creértelo, porque no lo son. Las disputas de los últimos años con nuestros aliados itálicos se hacen notar en la calidad de soldados que suministran. Si por mi fuera les concedería la ciudadanía romana por dos ánforas de vino y un cazo de gachas.

La risa de Lelio estalló resonando en todo el campo de Marte, donde miles de reclutas entrenaban a las órdenes de sus oficiales.

- Tú siempre tan pragmático, querido amigo. Muchas veces la mejor solución a los problemas que nos acaecen es la más directa y sencilla. Como hace 11 años en Cartago, ¿Recuerdas? - Quiso rememorar Lelio.

- Como olvidarlo. - Después de un breve silencio recordó una cita de Homero que siempre le acompañó - *Llegará también un día en que perecerá Troya, la santa.** - Contestó nostálgico Publio.

Publio Cornelio Escipión Emiliano recordaba, como si fuera ayer, los últimos coletazos del enemigo por antonomasia de su patria. Aún resuenan en las paredes del Senado las palabras de su, ya difunto, admirado rival político Catón:

Carthago delenda est *

Con la misma vehemencia con la que Catón pronunciaba esas palabras se llevó el asedio a Cartago. A sangre y fuego. Publio recordaba las numerosas dificultades y adversidades a las que él y sus experimentadas legiones tuvieron que enfrentar. La falta de víveres, el calor extremo del norte de África, el arduo trabajo de la construcción de la maquinaria de asedio...

Semejaba haber sucedido hace tan poco que aún se veía a si mismo, enfrente de aquellas inexpugnables murallas, vociferando a sus

lugartenientes las ordenes a llevar a cabo, siempre en primera línea de combate. No solo se trataba de la ciudad, sino también de las numerosas escaramuzas que sufrían de las hostiles aldeas cercanas a Cartago, las cuales tuvo que arrasar antes del asalto final.

El día en que decidió lanzarse contra las murallas de la capital púnica el sol apretaba menos que las últimas semanas. La ligera brisa que venía del Mediterráneo ayudaba a sus soldados para que no se asfixiaran con el calor reinante. Nunca se olvidará de la primera torre de asedio que toco muralla cartaginesa.

La aparición en escena de Tiberio Sempronio Graco, su actual cuñado, siendo el primer romano en pisar piedra púnica fue vital para el devenir de la batalla. La cohorte que estaba a su mando, viendo tal coraje en su oficial al mando, luchó con una ferocidad sin parangón, abriendo una brecha en las imponentes fortificaciones de la ciudad africana que permitió al grueso de las legiones acceder al cordón amurallado pudiendo, tras una larga mañana de combates a muerte, abrir las puertas de la ciudad.

La violencia que se desató entre los antiguos e imponentes edificios de la que, hasta ese momento, era el mayor enclave comercial del Mediterráneo occidental fue brutal. La directriz dada por el propio cónsul Publio Cornelio era clara y concisa. Reducir a cenizas y polvo Cartago. El poder de Roma nunca se pondría en entredicho en los siguientes siglos, aunque eso no lo llegaría a saber Publio a ciencia cierta.

El ruido de las gladios chocando entre ellas y los gritos de sus oficiales a los jóvenes reclutas trajeron de vuelta al presente a Publio Cornelio. Debido a su edad era cada vez más proclive a divagar sobre hechos ya pasados que futuros.

- Polibio quiere verte - Dijo Lelio ajeno a los pensamientos de Publio, como era costumbre. - Me pareció que debe ser importante el asunto del que quiere hablar contigo. Te espera en la *domus* junto con tu esposa, Sempronio.

- Siempre con esa aura de misterio, tan típica de los escritores griegos. - Contestó Publio no sin cierta sorna. - No le haré esperar más, entonces. ¿Puedes quedarte a cargo de estos reclutas? Procura que no se hagan mucho daño, no vaya ser que tengamos quejas desde el norte de sus preocupadas madres.

- Déjame a mi, estos chicos mañana serán más romanos que *Luperca**. - Y con una sonrisa mutua se despidieron Publio y Cayo Lelio, amigos desde la infancia, al igual que sus gloriosos antepasados.

Publio Cornelio Escipión *Africanus*, abuelo adoptivo de Publio y Cayo Lelio, padre del primordial lugarteniente de Publio. Parecía que la historia se

repetía pero con diferentes actores...

Publio se alejaba del campo de Marte a paso ligero, llegando a la muralla de Roma en escasos minutos y tomando la calzada del *Quirinal* dirección a su *domus*.

Una vez dentro, Sempronia no tardó en aparecer con Polibio a su lado. El informal recibimiento del *pater familias* aquella tarde de marzo no resultaba ser buen indicio.

- Esposo, al fin vuelves a casa. - El tono nervioso en la voz de Sempronia era creciente - Polibio debe hablarte sobre Hispania. Hay malas noticias.

- Habla pues, querido amigo. Te escucho.- Contestó Publio mientras se sentaba en el atrio de su imponente *domus*.

- Cayo Hostilio Mancino y su ejercito ha sido incapaz de tomar Numancia, señor. Han sido repelidos numerosas veces.- Dijo Polibio con cierto desdén hacia el mencionado.

- No me resulta extraño, Mancino es un gran orador pero un incompetente en los asuntos de guerra. Ya fue advertido el Senado por parte de nuestra familia del error de asignarle Hispania Citerior.- Contestó Publio mientras le servían una copa de vino.

- Eso no es lo peor, mi señor. El ejercito de Mancino ha sido rodeado por las tribus aliadas de los numantinos por sorpresa y ha llegado a un pacto con los bárbaros. Ahora mismo está de camino a Roma para dar explicaciones sobre todo esto, dejando atrás a las tropas...

El silencio reinaba en el atrio de la *domus* de la familia Escipión, solo alterado por el continuo crepitar del agua de la fuente del jardín. La tez de Publio se tornó roja como la sangre.

- ¡Por Castor y Polux! Vergüenza es lo que siento de compartir ciudadanía con tremendo cobarde. La *devotio** es lo único que podría ahorrar la mancha al honor de su *Gens* y al resto de Roma. - Dijo de forma iracunda Publio. - No puedo quedarme de brazos cruzados. Se necesita a alguien que pueda acabar, de una vez por todas, con esos bárbaros y...

- Pero esposo. - Interrumpió Sempronia el discurso de su marido. - Ya has hecho suficiente por la grandeza de nuestra patria, deja que otros más jóvenes defiendan lo que sus mayores han construido.

- ***Si vis pacem para bellum****, querida esposa. Y no hay nadie en Roma que pueda asegurar la paz como Publio Cornelio Escipión Emiliano.

Y Sempronia vio marchar a su marido con Polibio hacia la biblioteca de la *domus*, con la intención de revisar antiguos mapas de Hispania de su abuelo adoptivo.

De nuevo, y como solía ser ya tradición en su familia, los Escipiones volvían a la guerra.

Glosario

- Según **Polibio** , Escipión Emiliano derramó lágrimas sobre las ruinas de Cartago, citando un verso de la Ilíada: *Llegará también un día en que perecerá Troya , la santa.* Luego explicó que esta frase que hoy se aplicaba a Cartago , algún día podría ser aplicada a su patria, Roma.

- ***Carthago delenda est:*** Cartago debe ser destruida. La frase se atribuye a **Catón** el Viejo quien, según fuentes antiguas, la pronunciaba cada vez que finalizaba sus discursos en el Senado durante los últimos años de las Guerras púnicas , alrededor del año 150 a. C.

- ***Luperca:*** es el nombre de la loba que según la mitología romana amamantó a Rómulo y Remo.

- ***Devotio:*** era una forma extrema de *votum* (una ofrenda en cumplimiento de una promesa hecha anteriormente) por la que un general romano hacía votos de sacrificar su propia vida para salvar a su ejército y su honra.

- ***Si vis pacem, para bellum:*** si quieres la paz prepárate para la guerra.